Más de 100 festivales flamencos se celebran cada verano en España, y la mayoría de ellos están aquejados de los mismos males. La mitad de los celebrados en el estío de 1984 han sido deficitarios. Los programas de actuaciones resultan eternos para un público que a veces confunde manifestación cultural con simple juerga. Los organizadores no saben lo que se traen entre manos y siempre repiten las mismas figuras, mientras que éstas a su vez se repiten a sí mismas. La crisis acecha. Algo tiene que cambiar en los festivales flamencos.

Por primera vez se ha perdido dinero en la mitad de los recitales

La crisis acecha a los festivales flamencos

Á. ÁLVAREZ CABALLERO

Pasó el verano, pasó el otoño; la temporada de festivales flamencos es ya sólo un recuerdo. Pero de este recuerdo habrá que sacar conclusiones, porque, en todo caso, esa espectacular erupción de celebraciones flamencas de cada verano marca la *temperatura* del momento.

La *temperatura* actual, si juzgamos por los resultados económicos que se han obtenido este año, es algo baja. Se ha perdido dinero en muchos festivales, quizá en más de la mitad. Y esto antes no ocurría, aunque la corriente deficitaria arranca ya de hace unos años. "Estamos ante la crisis de una muerte anunciada", nos decía José Luis Ortiz Nuevo, sevillano, crítico y escritor de flamenco, organizador de algunos espectáculos del género tan relevantes como la última bienal. "Se está tocando fondo; de aquí a unos años, o se varía el rumbo o las cosas van a ir muy mal".

Jesús Antonio Pulpón, el más importante representante de artistas flamencos y, seguramente, el hombre que mejor puede pulsar los factores económicos que se instrumentan en torno a este arte, reconoce los precarios rendimientos actuales del espectáculo flamenco, pero enmarcándolo en el contexto del espectáculo en general, hace algunas puntualizaciones: "Han bajado las taquillas de todos los espectáculos: el 30% para algunas figuras, y hasta el 70% para otras, que es tanto como borrarlas del espacio artístico para el año que viene. El flamenco precisamente creo que se ha salvado, nivelando los festivales que han perdido dinero con los que han tenido ganancias, de esta *débâcle* económica generalizada".

Según J. A. Pulpón, cada verano se celebran alrededor de 100 festivales. Creemos que algunos más, pues hay que contar también otras circunstancias que tampoco ayudan a cubrir, por lo menos, gastos (J. A. Pulpón: "Es que un espectáculo con esas nóminas de artistas tendrían que ponerse a 1.200, a 1.500 pesetas la entrada, y se están dando a 400 o 500 pesetas, y aun así no llenan. Yo le hice las cuentas al alcalde de un pueblo, que se quejaba de lo que habían perdido. Pero, claro, resulta que habían entrado 500 personas gratis, y el resto, a 400 pesetas. ¿Se puede considerar así que hubo pérdidas?").

Cuando los precios no son políticos y se pretende, por lo menos, enjugar costes, el festejo puede traducirse para el espectador en unas cifras poco menos que prohibitivas. Y el país no se encuentra, precisamente, para esas alegrías. Rafael Salinas, compañero en la crítica flamenca en Córdoba, hacía las cuentas así: "Hay festivales que cobran la entrada a 1.500 pesetas; la pareja son 3.000; hay que añadir la gasolina, puesto que los festivales tienen una concurrencia que llega desde 50 o 60 kilómetros, más 2.000 o 3.000 pesetas en un piscolabis, porque algo hay que tomar, pues resulta que todo eso se pone en más que cenar fuera de casa e ir a la ópera en Madrid".

Todas las opiniones concuerdan en que una de las causas principales del encarecimiento de los festivales es la extensión de los mismos, que obliga a confeccionar carteles con muchos artistas. La mayoría de los festivales andaluces ocupan, fácilmente, seis o siete horas. Aunque parece haber remitido un tanto la fiebre de lograr el festival más largo, aún se mantiene una absurda competencia maratoniana que a nada conduce, salvo a la fatiga del público y de los propios artistas. El público andaluz es muy *sui generis;* se da por supuesto que es el más afín al flamenco, el que debe escucharlo con mayor respeto, y, sin embargo, es un público bullicioso, que acude al re-

en la obra alechinskyana ese carácter de "caligrafía biológica que todo lo invade, ofreciéndonos uno de los ejemplos más claros de la necesaria catarsis a que ha de ser sometido el gran almacén de la historia".

que éste ha sabido responder a problemas dictados por la naturaleza específica de cada medio; esto es, sin circunscribirse a una mera traducción a diversos lenguajes de un mismo núcleo de problemas y, al mismo tiempo, dotar de un fon-

cuadrícula formada por bandas del mismo color; otras, en fin, ambos elementos se alternarán en una sucesión de tablas. Mas la contradicción entre estos dos elementos, uno cálido y otro frío en su concepto, no es sino aparente,

peculiar, el protagonista final de esta exposición. Aun concebidos para una lícita posibilidad de vida autónoma, estos cuadros forman parte de un mismo color mental y, en definitiva, de una visión unitaria en el espíritu del artista. Buen

resultado es mucho más que una suma de pinturas; es un ambiente único y mágico por el que la luz circula hasta anular el espacio físico de la galería, eclipsado por una atmósfera de insospechadas evocaciones metafísicas.

La crisis acecha a los festivales flamencos

PENTA PRESS / MARISA FLÓREZ

El Lebrijano (arriba), Fosforito (abajo) y Camarón de la Isla (derecha).

Entre la rutina y la renovación

Viene de la **página 1**

Con esto venimos a decir que a las tres o las cuatro de la mañana, más que mediado el festival, los espectadores que no se han ido —que se han ido muchos—, o están borrachos y más alborotadores que al principio, o andan medio dormidos, o hacen un esfuerzo sobrehumano para mantenerse atentos a duras penas. O sea, que a esas alturas ya, aunque allí apareciera el propio Silverio Franconetti con su espeluznante *seguiriya*, nadie le haría demasiado caso. Y el *cantaor*, ¿cómo sale el *cantaor?* (R. Salinas: "Le han hecho todos los cantes por delante y tiene que modificar lo que llevaba *in mente* que iba a hacer allí. ¿Ha estado callado?, ¿ha estado sin beber?"). Efectivamente, no ha estado callado, ni ha estado sin beber, y quizá, incluso, se haya fumado sus *porros* o tomado sus *rayas* de cocaína, que ahora son ocurrencias bastante frecuentes entre algunos artistas flamencos.

Ortiz Nuevo llega a plantearse la necesidad de una licencia que capacite para la organización de festivales flamencos: "No es razonable que se sigan organizando fstivales con carteles kilométricos, que provocan el que mediado el espectáculo, como mucho, el aforo con que se ha comenzado quede reducido a la mitad. Me parece una tremenda falta de respeto al arte flamenco, y los organizadores que van por ahí tendrían que tener la licencia quitada".

La culpa del organizador

Así, pues, vamos viendo que, en el cúmulo de causas concurrentes a la crisis evidente de los festivales flamencos, los organizadores parecen tener que responder de las mayores culpas.

Ya hemos pasado revista a algunos de sus principales errores. Quedan otros aún, que no debemos silenciar. Por ejemplo, confundir un festival flamenco con una juerga. (R. Salinas: "En la juerga no hubo nunca más que dos cosas importantes siempre: la mujer y el vino; el flamenco era un aditamento. Pero el festival es una manifestación de arte, o debe serlo, educativo para el público, donde se pretende hacer afición, difundir cultura").

La capacidad de los organizadores para eso justamente, organizar festivales flamencos, parece otro punto clave en esta cuestión, pues de ahí arrancan todos o casi todos los problemas ahora en cuestión. R. Salinas aboga por que haya gente que se especialice en montar festivales. ("Los agentes artísticos muchas veces tampoco son los más recomendables en cuanto a organizar un cartel, que tiene que hacerse pensando en que el gusto del público es muy diverso, siempre dentro de unos artistas que hagan el flamenco como debe hacerse; hay que ir dando paso a la juventud, que nos cante cosas nuevas, que nos diga cosas nuevas"). Francisco Vallecillo, director del Departamento de Flamenco de la Junta de Andalucía, admitiendo que el nivel actual de los festivales no es brillante, señala que se hallan "reservados a un número de artistas reclamados por el público, mientras quedan fuera una gran mayoría de los más o menos secundarios. Alguien tendría que pensar en que los festivales deben dar entrada a un mayor número de participantes, porque cada vez hay más elitismo en la contratación de los artistas". Ortiz Nuevo profundiza más en algunos puntos: "Ya no es la cuestión, opinable desde luego, de que siempre sean los mismos y siempre los mismos repertorios; habría que pedir un cambio a los artistas y un cambio a las organizaciones; cuando se plantea presentar un festival de año en año, deberían tener la intención de que el festival fuera cada año diferente... Es común, no del todo, pero sí en muchos festivales, que se hacen los contratos, pero ni se dice a los artistas cuáles son las orientaciones de su actuación ni siquiera el momento de la misma; ha habido festivales este verano que han tardado una hora en comenzar porque los artistas no se han puesto de acuerdo en el orden de actuación; hay que organizar el festival estéticamente y darle variedad, no ir a un sorteo como si se tratara de un concurso de ganado". Habla también Ortiz Nuevo de las deficiencias habituales en megafonías y luces, los números de baile fatalmente tratados y los "casos denunciables de que a un festival de figuras del cante se lleva de figura de baile a una academia local, lo que no debiera estar permitido porque se quita el lugar a los profesionales y se ofrecen espectáculos de una calidad mediocre, y menos que mediocre en muchos casos".

Renovarse o morir

Y ahora vamos con los artistas flamencos —*cantaores, bailaores, tocaores*—, quienes también parecen tener su tanto de culpa. Un *cantaor* de primera línea puede hacer por temporada 50 festivales, lo que supone alrededor de 8.000 kilómetros por mes en automóvil, más algún viaje en avión. En casos así, el agotamiento físico causado por los viajes puede ser mayor que el originado en las simples actuaciones.

Artistas con un programa de este orden ganan dinero, desde luego. Algunos ganan mucho dinero. El 23 de julio pasado Camarón debió actuar en Madrid por medio millón de pesetas y se permitió el lujo de no acudir. Hay unos cuantos que cobran 200.000 pesetas, o más, por actuación. Y no siempre justifican esos honorarios con su calidad artística o con su voluntad de trabajo. "Venimos escuchando hace años los mismos cantes, las mismas letras, no se renuevan... Hay *cantaores* que con tres cantes, siempre los mismos, un cuarto de hora de actuación, se llevan cada vez 40.000 o 50.000 duros. Hay festivales donde han ido cuatro o cinco *cantaores* y han ido cinco guitarristas de 110.000 pesetas cada uno para hacer tres toques" (R. Salinas).

"No creo que sea justo que haya artistas que estén cantando las mismas letras, los mismos cantes, el mismo repertorio de hace 20 años. Empobrecen el árbol de los cantes, conduciendo al mundo del flamenco a unas fórmulas de representación monótonas y aburridas" (Ortiz Nuevo). "Hay unos cuantos artistas que son los que, verdaderamente, atraen al público, que va a verlos y oírlos y paga su entrada por verlos y oírlos. Pero a la sombra de esos artistas van otros que, no me meto si son buenos o malos, no interesan en taquilla. Entonces, resulta que los tres, cuatro o cinco cabeceras de cartel que hay en el flamenco tienen que arrastrar a los 14 o 15 que vienen detrás. Un festival en que haya, por ejemplo, tres *cantaores*, o dos, de primera línea, y cinco de los otros, lógicamente, tiene que haber pérdidas; esos cinco son los caros, y no los dos de cabeza, que son los que llevan al público...

En cuanto a la acusación que se hace a algunos artistas de que vienen años cantando o bailando lo mismo es cierto, y el público y la crítica tienen toda la razón del mundo para quejarse. "Es cierto que eso existe, y cada artista deberá hacer su propio examen de conciencia y, entonces, renovarse o morir. Que, por supuesto, hay que tener mucho cuidado al renovar, pero que al cante hay que darle un melisma nuevo, y unas letras de cuando en cuando nuevas, un refresco" (Juan Peña, *Lebrijano*).